

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 11 DE ABRIL DE 1901

NÚM. 542



—Canto *couplets* en francés
y coplas en español;

pero cantando en la mano
resulto mucho mejor.

PASTILLAS DE MENTA

EXISTEN seres privilegiados que viven más años que un loro viejo, y mueren siendo niños. Esto le ocurría á Juanito.

Ya tenía en el bolsillo los sesenta y seguía siendo tan Juanito como cuando estudiaba las primeras letras; y confieso á ustedes que no le iba mal el diminutivo, tanto por su estatura, cuanto por su especial viveza y jovialidad.

Educado por sí propio desde muy temprana edad, habíase consagrado á divertirse, sin que le preocupara un pitillo el porvenir; porque debo advertir á ustedes que tenía un capital á prueba de preocupaciones económicas.

Jóvenes hay que cifran su afán en el juego, otros en los caballos, en las carreras, muchos en los viajes... Juanito dejó todo esto por algo más práctico, según él.

La mujer, ó, mejor dicho, las mujeres.

En menos de dos años, llegó á ser el terror de padres y maridos y el hombre de moda más buscado por las que *buscan* dinero y buen humor.

—¡Cómo ha prosperado Fulanita!— solían decir algunos, viendo á una modista con más galas que aquellas que podía dar de sí su modesto jornal.

—Juanito paga,— solía contestar otro.

Tiple que llegaba á la población, ya se sabía: á los dos días, Juanito era su caballero y su proveedor de diamantes.

No había marido cesante á quien Juanito no buscara una colocación digna de su bella esposa.

Pero ¡qué de murmuraciones en aquel dichoso pueblo!

Y ¡qué de líos en la elegante morada del hombre á la moda!

Yo creo, que su tocayo Tenorio, se hubiera quedado tamañito ante aquel estrago.

Un padre, que le pedía estrecha cuenta de su mal proceder; una doncella sensible, que le echaba en cara sus falsas promesas; un marido poco filósofo, que le mandaba los padrinos; y la *mar* de mujeres de todas clases que le pedían joyas, trajes y dinero.

Entre las modistas era más conocido que la primer dama de la población, por las cuentas que continuamente pagaba.

Pero ni *don Juan se arredraba* ni Juanito tampoco.

Y así continuó por espacio de muchos años, de juerga en juerga y de conquista en conquista.

Desde la princesa altiva
á la hija de un aguador.

Cuando conocí á Juanito, era ya viejo, según supe por él; pues á primera vista me pareció más joven que yo.

¡Vaya un arte que tenía el hombre para pintarse!



—Cualquiera diría que no pasaba usted de los treinta y cinco,—le dije una noche.

—Pues si no lleva usted mucha prisa, me verá entrar en los sesenta... es cuestión de minutos,—exclamó, soltando una carcajada.

—Nadie lo diría,—insistí.

—Pues sí, amigo mío. Antes ocultaba la edad; pero ya me he convencido de que eso es una solemne tontería. Fíjese usted en mis ojos... ¿eh?... ¡La pata de gallo! Estas arrugas no hay pasta que las tape ni licor que las estire.

—Está bien; pero usted aun está fuerte, aun conserva el vigor de los primeros años,—continuó.

Aquí, el vejete lanzó una carcajada entre sardónica y triste, y haciendo con un dedo de la mano una figura extravagante, exclamó:

—El capital que me legó Naturaleza era más escaso que el de mis padres: el primero lo agoté; del segundo aun me queda lo suficiente.

Y Juanito arrugó un poco el entrecejo.

Verdaderamente era digno de lástima.

—De modo que acabó la antigua vida,—le dije en tono jovial.—Ahora pasará usted los días en casita, sin meterse en fregados y dejando tranquila á la mujer del prójimo.

—¡Eso nunca, mientras me queden alientos!—prorrumpió, animándose.

—Pero, hombre, yo creo que ese decaimiento que le aflige, no será un punto final en su naturaleza. Médicos hay, medicinas se han inventado para hacer fuerte al débil; yo conozco...

—Usted no sabe una palabra de eso, amiguito,—dijo, interrumpiéndome.—Gran parte de mi capital ha pasado á manos de especialistas y boticarios; todo lo he probado.

—Y bien...

—¡Y mal! Ni se estira la pata de gallo ni nada; pero no crea usted que me aflijo y que me encierro como un cartujo; al contrario, sigo como antes, *pues como vivió hasta aquí, vivirá siempre Juanito.*

Esto lo dijo riendo á carcajadas, como para sacudir el mal humor, y sacando de una cartera dos retratos, me los presentó diciendo:

—¿Qué le parecen estas chicas?

—De primera fuerza,—le contesté admirado.

—Pues, amigo mío, las dos corren por mi cuenta.

—¡Pero, Juanito!—murmuré extasiado, contemplando aquellas criaturas.

Una vestía airoso traje de Diana; la otra vistoso tonelete, y ambas esbeltas, esculturales, bellísimas y en la edad de hacerle perder los estribos al mismísimo Santiago.

—Le parecen aceptables, ¿eh?—continuó el viejo.

—Me parecen dignas de un museo.

—Pues así las tengo. Como esculturas las contemplo y como brillantes las pago.

—Pero...

—No hay pero que valga; y cuando con estas recetas no se consigue derretir el hielo de los años, riase usted de las pastillas de menta.





Con la capa va muy bien,
con el calañés ¡la mar!

Pero si agarra la pica,
se acabó... y punto final.

ESCRIBIR EN EL AGUA

No se lo digáis nunca.
El pobre Manuel se volvería loco.
Pero loco de ira, de indignación.

Más vale que siga soñando, sin que pretendamos despertarle.

La conoció de un modo verdaderamente original.

Había ido á Sevilla á pasar una temporada.

Tuvo la suerte de acertar un número de la lotería; recogió cuatro mil duros, y, formando grandes propósitos de economía, al cabo de tres meses había gastado ya la mitad del capital.

Con el resto se marchó á Andalucía.

A corta distancia de Sevilla le quedaba, de

campo, siguiendo muchas veces el curso del río, casi sin darse cuenta ni de lo que andaba, ni de lo que veía, ni por dónde iba.

Eterno soñador, soñaba siempre con algo desconocido, algo misterioso, que no acertaba á definir.

Fantasmas indecisos, placeres inefables, aspiraciones quiméricas flotaban ante su vista sin que, por más esfuerzos que hacían sus manos para coger todo aquel mundo de objetos impalpables, pudiera conseguirlo.

Un día la casualidad le llevó, recorriendo las márgenes del Guadalquivir, hasta un sitio en que el agua formaba un pequeño remanso.

No lejos de allí había un cortijo, y, tal vez para evitar un peligro, se construyó de un modo tosco y grosero una especie de muro de mampostería.

Aquel muro, con el transcurso del tiempo, habíase ido cubriendo de plantas, flores y arbustos, cuyas simientes quizás fuera depositando el viento, que en sus invisibles alas las transportara.

Manuel aproximóse hacia aquel lugar, cuando de pronto creyó escuchar en la dirección que llevaba el rumor de una carcajada y algún grito de alegría.

Se detuvo, alzó la vista, y le pareció que algo se movía y se agitaba en el muro del remanso.

Vaciló entre adelantarse ó retroceder; pero la curiosidad pudo más, y adoptando algunas precauciones para no ser visto, se fué aproximando.

Cerca ya del muro, quedóse inmóvil y devorando con la vista el encantador espectáculo que ante él se ofrecía.

Apoyada en el pequeño muro, medio desnuda, entre la multitud de plantas que brotaban del suelo y las acuáticas que subían del río, una mujer estaba contemplándose en el espejo del agua, y sin duda el leve ondular de la movable superficie la hacía

lanzar aquellas carcajadas que denunciaron su presencia.

Al principio no pudo Manuel más que vis-



la herencia de su madre, un pequeño cortijo, donde fué á refugiarse.

Todos los días daba largos paseos por el

La Saeta

lumbrar aquel bosque de cabellos rubios, rizados; revueltas hebras de oro que cubrían un cuello y unas espaldas de nácar.

Pero conforme adelantó en su contemplación, pudo apreciar la morbidez de aquellas formas encantadoras, la exuberante vida que había en aquella mujer.

Y no pudo menos de lanzar una exclamación de sorpresa.

Denunciada así su presencia, Mariquiya, que así se llamaba la joven, alzó la cabeza, miró á Manuel, ruborizóse al comprender la desnudez en que había sido sorprendida, arrojó á su vez un grito de confusión y de vergüenza, y huyó despavorida, dirigiéndose hacia el cortijo inmediato.

.....
María habitaba con una tía suya y una anciana criada, en el cortijo.

Manuel repitió sus visitas al remanso del río.

Al principio no encontró á nadie en aquellos deliciosos lugares.

Pero llegó un día en que Mariquiya, pasada aquella impresión ocasionada por el encuentro con el desconocido, volvió al río.

Y Manuel y María se volvieron á ver.

Y hablaron y se entendieron, y la hermosa joven contestó á las ardientes protestas de amor de Manuel, trazando con un junco, sobre la movable superficie del agua, un juramento de eterno amor.

.....
Manuel llevóse su amada á Madrid.

Allí fué donde yo la conocí y donde supe, por boca de mi amigo, cómo se verificó su encuentro.

Por espacio de dos años, ni Manuel se separaba de María ni ésta pensaba ni veía más que á él.

El idilio empezado en la margen del Guadalquivir continuaba en Madrid en el lindo entresuelo de la calle del Prado.

Pero llegó el día que los dos mil duros que quedaban á Manuel, de la lotería, se agotaron.

El idilio terminaba, y la odisea de la angustia, del trabajo, del dolor, daba comienzo.

Manuel hacía todo lo posible por evitar que su amada advirtiera la escasez de sus recursos.

Pero María no era tonta; había aprendido mucho en aquellos dos años, y conoció que los buenos tiempos habían pasado.

Con el pretexto de buscar trabajo en algunos establecimientos de confección, empezó á salir sin que Manuel la acompañara.

Mi pobre amigo estaba desesperado.

La idea de que aquella mujer tan querida se viese obligada á trabajar para comer, le tenía abrumado.

María habíase vuelto pensadora y reflexiva.

Un día, salieron Manuel, para emprender á alguno de sus amigos y María para ir á una tienda donde le habían ofrecido trabajo, según dijo.

Cuando regresó Manuel á su casa, María no había ido todavía.

Pero, en cambio, llegó una carta, de que fué portador un mozo de cordel.

Mi amigo abrió temblando aquella carta.

Era muy lacónica.

«Manuel de mi alma,—decía.—Comprendiendo que soy una carga muy pesada para ti y que yo he tenido quizás la culpa de tu ruina, me alejo de tu lado.

»Ignoro dónde me llevará mi desesperación; pero desde luego te aseguro que tu pensamiento será el último de mi vida, así como tu nombre el último que pronuncien mis labios.

»Adiós, Manuel No volveremos á vernos más.

»Tuya y sólo tuya ha sido y será—*María.*»

.....
Manuel estuvo enfermo mucho tiempo, y únicamente los cuidados y las reflexiones de sus amigos pudieron conseguir su curación.

Un día, había leído en un periódico que las aguas del Guadalquivir habían arrojado á la orilla el cadáver de una mujer.

El estado de descomposición en que se hallaba no permitió su identificación.

A Manuel no le quedó ya duda alguna.

Aquel cadáver era el de María, que había



querido ir á morir en el mismo sitio donde le había conocido.

Tres años después, fui á París para mis negocios, y una noche me llevaron algunos amigos al baile *Le Chateau de Fleurs*.

De pronto vi una mujer que bailaba con un mozo que la devoraba con la vista.

Era Mariquiya

Pero no aquella Mariquiya cándida, pura, inocente, enamorada, que conocí en Madrid.

Sino la Mariquiya aventurera, la mujer galante, la que cambiaba de amantes á cada momento.

Ella me conoció también, pero no se atrevió á decirme nada.

Estuve en el baile hasta que terminó.

Quise observarla hasta el último momento.

Y la vi que salió del baile apoyada en el brazo del galán que había estado bailando con ella y que la miraba con los ojos encendidos de deseo.

—¡Pobre Manuel!—no pude menos de exclamar.

R. DEL C.

DESNUDECES

I

ARMINDA era la mujer más hermosa que he conocido.

Por un solo beso reñí con ella. Una noche azul, pura, como debe serlo el alma de una virgen estaba yo á su lado con voluptuosa pasión; incendiándome en las llamaradas que sus hermosos ojos negros despedían; ardiendo mi cerebro cargado de lujuria, en lúbricos deseos; enloqueciéndose mi albedrío, al aspirar su aliento lleno de aromas. No pude contenerme, excitado por la necesidad, aun sabiendo que al placer había de seguir la muerte: acerqué mis labios á los suyos, los rocé, me empapé en ellos y dejé escapar un suspiro. Era el alma que se evaporaba de mi pecho.

Ella saltó como un tigre, rugió, llamearon sus ojos constelados por brillantes chispas, se puso lívido su rostro y cerró con ira la ventana de su reja.

II

La expresión batalladora que adquirieron sus facciones me dió miedo, y acobardado huí de allí.

La luna brillaba en el fondo obscuro de los espacios, proyectando una lucecilla violácea sobre las dalias y madreselvas que profusamente se enredaban en los barrotes de aquella reja, testigo mudo, de mis quereres, de nuestras dichas, de aquel beso supremo que enfrió mi alma; las estrellas titilaban miedosas, con ráfagas fugaces, cual aéreos fuegos fatuos, como latidos de corazón enardecido; una nubecilla sutil y vaporosa, de encaje blanco, rodeaba al astro de la noche; y yo huía, huía siempre, y siempre en torno mío giraban torbellinos de luz, formas monstruosas, espíritus amenazadores.

Rendido, con la razón extraviada y el corazón calenturiento, caí al suelo desfallecido, dominado por terribles ideas que atormentaban mi cabeza; aquel beso me quemaba los labios, pero había ya helado mi corazón.

Allí permanecí, contemplando extasiado aquel jardín fantástico, observando la luna medio velada por las ramas de un tamarindo, la



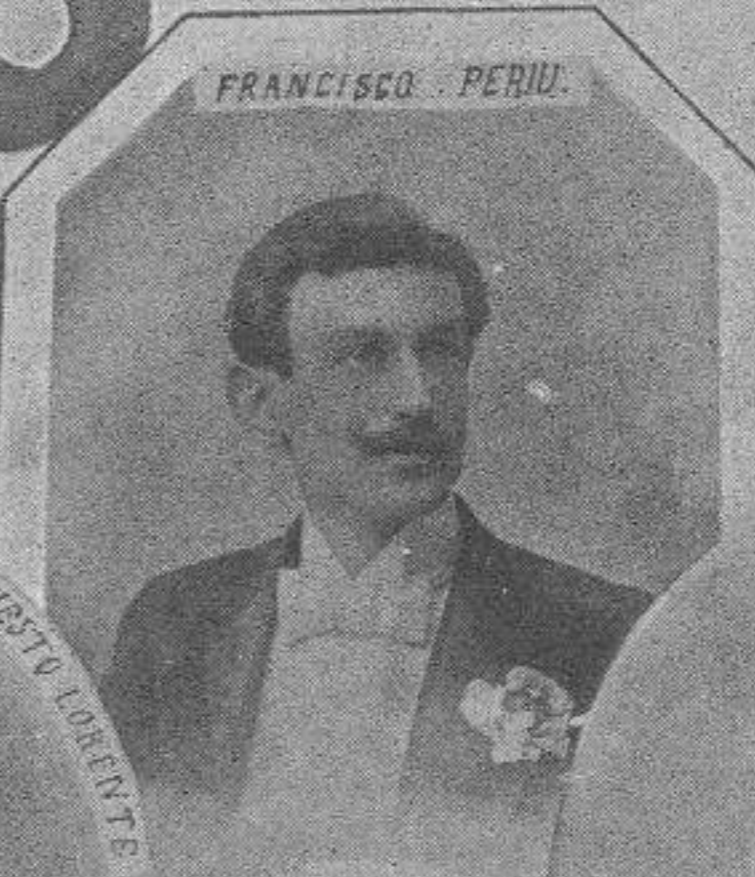
En la tragedia está bien,
y en el drama superior;

en fin, les digo que en todo
no hay quién trabaje mejor.

BARCELONA



GRAN-VIA



B. Tullot

Artistas de la Compañía cómico-lírica



Cualquiera, á primera vista, dirá que es usted artista.

Una de ellas, la más encantadora, se aproximó á la rosa que me servía de lecho. ¡Qué mujer! Sus ojos brillaban como dos constelaciones; su cabellera de finos hilillos de oro parecía una deslumbrante ráfaga de fuego; su cuerpo con redondeces de Febo, producía locura, vértigos, placer que dolía.

Y arrimó sus labios á los míos, los rozó y el chasquido de un beso ardoroso me hizo despertar.

IV

Estaba en el jardín, extenuado, en perezosa laxitud, con el pecho oprimido y la razón debilitada. Amanecía, y á la vacilante claridad de la aurora pude distinguir el cuerpo de una mujer desnuda que yacía á mi lado.

¡Era Arminda!

Sus labios contraídos me devolvían mi primer beso. En él se escapaba su alma á las regiones de lo celestial y de lo etéreo. ¡Había muerto!

Y los pétalos de una rosa que la brisa hizo agitar, tapaban sus desnudeces, al mismo tiempo que el primer rayo de sol derretía dos lágrimas que brotaban por sus voluptuosos ojos negros.

luna que con su hipócrita sonrisilla se burlaba de mí, mientras los ruidos de la selva me arrullaban y me quedaba dormido, muy dormido, con profundo letargo, con los sueños agitados del cansancio que precede á una noche de placentera orgía.

III

Y soñé.

Soñé que estaba en un rincón del Paraíso, en la corola de una rosa inmensa, libando sus esencias, cubriéndome con sus pétalos. Una estrella se desprendía del espacio, y yo la veía bajar, aproximarse á mí, convertirse en mujer, la mujer desnuda; era Venus.

Se acercaba, me besaba mucho, y luego huía otra vez, se transformaba en lucero. Después bajaba otra, luego otra, y, por último, muchas juntas. Aquello era un sueño orientalesco, una delicia, para vivir poco y morir en seguida entre aquellas hijas del placer. Pero ¡se marcharon todas, revolotearon en torno mío, ascendieron, y de nuevo se fijaron en el espacio!

Entonces la luna se agitó, giró en el espacio, describió órbitas de luminosa estrella y se deshizo en infinitos fragmentos; cada uno de ellos era una mujer hermosa, ideal, como no se conocen en la Tierra. Todas se acercaron á mí, como juguetones geniecillos, cual diabólicas hadas.

MISTERIO...

El sol á su ocaso
 marchando ligero,
 envía á la tierra
 sus rayos postreros.
 Muy pronto, la noche
 con su manto negro,
 cubrirá los campos
 de sombra y misterio.
 ¡Con qué espanto miro
 de la noche el velo
 sumirlo en tinieblas
 todo, hasta mi pecho!
 Pues que de una noche
 sin luz en el cielo,
 conservo en el alma,
 grabado con fuego,
 un recuerdo triste
 que ahuyenta mi sueño;
 que llena mi vida
 de amargura y duelo.

Iba aquella noche
 lleno de contento
 á oír de su labio
 el dulce ¡te quiero!
 Cual si me prestara
 sus alas el viento,
 recorro las calles
 ufano y ligero.
 De placer ansioso
 á su reja llego,
 cuando un beso estalla
 de entre aquellos hierros.
 Como despertando
 de terrible sueño,
 miro á todas partes,
 mas ya nada veo.
 Una sombra, sólo
 que se aleja observo.
 ¿Será del infame
 que me roba el dueño?
 Vano es el seguirle:
 se halla ya muy lejos;
 me acerco á la reja:
 no está allí mi cielo.
 La busco, la llamo,
 no acude á mi ruego;
 sólo carcajadas
 me transmite el eco.
 ¿Quién será el infame
 que me robó el dueño?
 En su denso manto
 lo acogió el misterio.
 Por eso á la noche
 la miro con miedo.
 ¡Por eso me asustan
 su sombra y misterio!

F. COSTA-HERMOSA.



Una belleza romana tan casta como Susana.

PENIYAS

.....

 —¡Si no te quiero, chiquiya,
 que viva siempre penando,
 que m' arranquen las entrañas,
 que me ocurra lo más malo!...
 —¡Y antes de que yo te olvide,
 me contestaste yorando,

habrán de volverse negros
 mis claveles y mis nardos!...

 Ayer pasé por tu reja,
 atragantao por el yanto,
 con el corazón partío
 y loco y... ¡desesperao!

Y tú, que tanto mereces
 por mala mujer, en cambio,
 mu tranquila y satisfecha,
 con mimo estabas regando
 tus macetas é claveles
 y tus macetas é nardos
 que, debiendo ser mu negros,
 son encarnaos y blancos...

ENRIQUE LÓPEZ MORENO.

EL CASTIGO DE LOS CELOS

CRISPÍN Moraleda es un maestro zapatero, muy buen artista, según él mismo dice con gran énfasis, muy buen hombre, fuera de lo artista, y muy celoso.

De estos tres *muy*s, el último estaba llevado al exceso de un modo extraordinario.

Y, después de todo, hay que confesar que no le faltaba fundamento para ello.

Porque la señora Rosa, esposa del artista de obra prima, era guapa, y ella lo sabía, y si no lo hubiera sabido dijéranse los parroquianos de su consorte, que siempre encontraban algún defecto al calzado que iban á probarse, para tener algún tiempo arrodillada á sus pies á la rolliza zapatera, que era muy ducha en aquello de las probaturas.

Y como la Rosa tenía un cuello admirable y unos hombros perfectamente modelados, en verano especialmente, con el movimiento que hacía para ver dónde le apretaba el zapato ó la bota al parroquiano, solía entreabrirse el matiné ó la blusa que llevaba, y las pecadoras miradas de aquél solían sorprender secretos que sólo debía conocer el afortunado esposo.

Alguna vez deslizábase en su oído alguna frase algo atrevida, y, sin embargo, la zapatera no se daba por ofendida; es verdad que no era cosa de disgustar á un parroquiano por palabra más ó menos.



Puesta de perfil resulta tan fea, que es un horror. ¡Ah! Pero puesta de frente quizá estaría mejor.

Sin embargo, el zapatero no se daba por satisfecho con las explicaciones de su cara mitad, y le pudría los huesos, como ella decía, con sus continuas quejas.

—Pero ¡alma de cántaro! — le contestaba. — ¿Quién ha de quererme ya, teniendo tres hijos, y el mayor de nueve años? Los hombres buscan á las jóvenes; no á las que, como yo, han pasado de maestras de obra prima á cooperadoras de otras varias obras.

—Pues por eso que ya eres maestra en todo, tienes que ser más buscada. ¡Y aquel maldito capitán que siempre tiene que decirte algo, me va escamando mucho!

—A ti te escama todo, Crispín; y mira que quien se pica, ajos come, como dice el refrán.

—¿Qué quieres decirme con eso? — exclamaba el pobre zapatero, poniéndosele de punta los cabellos y echando á perder el par de botas que estaba cortando.

—Pues nada... ya te lo puedes figurar.

Y Rosa hacía una mueca á su marido y se marchaba tarareando una habanera muy en boga á la sazón.

Y sucedió que un día fué el capitán á probarse unos zapatos de charol que se mandó hacer.

Y se empeñó en que le estaban pequeños, y Rosa en que eran á su medida exactamente, y cuando él decía, tocando con el dedo en el sitio que le hacían daño, la mano de la zapatera se dirigía al mismo sitio, y el caso era que el capitán ya no se quejaba más.

Crispín, que estaba en la trastienda, se daba á todos los diablos, y se pinchó con la lesna en vez de clavarla en el cordobán, y se llevó el cerote á los ojos en vez de encerer los cabos, hasta que, por fin, no pudiéndose contener más, gritó:

—¡Los zapatos están hechos á medida y están bien! Si no le gustan, déjelos, y se le harán otros.

—No se enfade usted, maestro, — le dijo el capitán. — Aquí la maestra me acaba de demostrar que la medida que tomó es exacta, y aunque ahora aprietan un poco, ya se irán ensanchando.

El maestro se quedó furioso, buscando alguien en quien desahogar su rabia, y como su hijo mayor hiciera una de esas travesuras propias de su edad, el padre cogió el tirapié y echó á correr tras él.

Pero el chico se escapó como pudo, mientras su padre decía:

—¡Te mato en cuanto te pille, grandísimo bribón! ¡Yo te juro que te acordarás de mí!

Cuando llegó la noche, no se había calmado la ira del furioso zapatero.

Siempre desconfiando, tuvo que salir dos ó tres veces para asuntos propios de su arte, diciendo á su mujer que tardaría en regresar, y, efectivamente, á los cinco minutos entraba

en su casa, la registraba toda, dirigiendo miradas terribles á su mujer, y, pretextando que se había olvidado de algo, volvía á salir, para regresar otra vez y practicar la misma operación, murmurando siempre:

—¡A ese maldito capitán le tengo metido en las narices!

Y al regresar preguntó á su mujer:

—Y el chico ¿dónde está?

—¡Yo qué sé, hombre! Como le has asustado tanto, se habrá ido á casa de mi madre, como otras veces. ¡Jesús! ¡Estás hoy insufrible!

—¡Mira, Rosa, no me exasperes!—repuso el maestro, mientras se desnudaba para meterse en la cama. ¡Ese capitán es muy atrevido y tú...!

—¡Yo soy una mujer honrada y tú un visionario, y nada más! dijo Rosa, que acababa de ocupar el puesto que le correspondía en el lecho conyugal.—¡Una cosa es el negocio y otra la honra! Es menester no descontentar á los parroquianos, que, al fin y al cabo, son los que nos dan de comer. Los pobres se contentan con eso, y es menester complacerles. Por lo demás, ya sabes que te quería cuando me casé contigo, y te quiero hoy más que ayer todavía. Conque así, desarruga ese ceño, y no hagamos el tonto.

—Pero ¿eso es de veras, Rosa? ¿Es cierto que ni el capitán, ni el empleado ése, ni...?

—¡Que te calles, hombre! ¡Ninguno de ellos vale para mí lo que tú!

El pobre zapatero creyó que se le abrían las puertas de la gloria oyendo á su mujer, que se esforzó en demostrarle todo lo infundado de sus celos.

Pero cuando más tranquilo se encontraba el hombre, arrepentido de sus sospechas, cádate que le pareció oír un ruido sospechoso en su mismo aposento.

—¡Rosal! ¡Rosa!—gritó.—¿Qué es eso?

—Y yo ¿qué sé?—repuso la zapatera.

—¡Aquí hay alguien, Rosa!... ¡Mira que si me engañas...!

Y el pobre hombre se detuvo, porque el ruido le pareció que partía de debajo de la cama.

—¡Aquí hay un hombre!—balbuceó el zapatero.—¡El maldito capitán!

Y, al ocurrírsele esta idea, encendió seguidamente la luz, miró debajo la cama, y, ¡horror!, una persona había debajo del lecho.

—¡Rosal! ¡Infame! ¡Perjura!... ¡Tú y él me las vais á pagar!

Y con tanta violencia se tiró al suelo, que cayó de espaldas, exclamando:

—¡Salga usted, seductor de zapateras sensibles, que le voy á sacar los hígados!

—¡Padre, no; no, por Dios!—exclamó llorando el hijo mayor de Crispín.—¡Yo no he hecho nada! ¡Me escondí aquí cuando usted me perseguía esta tarde y...!



Con mantilla y sin mantilla,
es muy guapa esta chiquilla.

El zapatero quedóse como quien ve visiones, y durante algunos segundos no pudo decir nada.

—Sal, hijo, sal,—dijo después.—¡Valiente susto me has dado!

—Y ahora ¿qué merecías, di?—le preguntó su mujer.

—Tienes razón... ¡He sido un imbécil!... Sal de ahí, muchacho, sal de ahí y vete á acostar.

Salió el chico andando á gatas, y, al marcharse á su cuarto, exclamó:

—¡Anda, anda, padre! ¡Pues si llega á estar el capitán donde yo he estado...!

C.

DESPEDIDA

Sus ojos me miraron con anhelo cuando vió que la muerte se acercaba, y con su flaca mano, que temblaba, hizo ademán de señalar al cielo.

«—Allá, eterno será nuestro consuelo», dijo con voz en que la fe vibraba; y á poco, el cuerpo aquél, que yo adoraba, sólo era un trozo de insensible hielo.

Parece que su espíritu me ayuda cuando mi pobre espíritu, sin guía, se agita en los espacios de la duda.

Pero á veces también, con calma fría, recuerdo que se hallaba inerte y muda, y pienso entonces: ¿La veré algún día?

GONZALO DEL RÍO.

JUGAR AL ESCONDITE

LA comida había terminado y don Alberto y su esposa se retiraron á dormir la siesta, amodorrados con los horrores de la digestión.

En el comedor habían quedado tres personas: Luz y Amalia, lindísimas hermanas, y su primo Carlos, que aquel día estaba convidado para celebrar el santo de su tío don Alberto.

Una vez solos aquellos jóvenes, se miraron como para consultarse lo que habían de hacer.

—¿Tienes sueño, Carlos?—preguntó Amalia, con picaresca sonrisa.

—Estando á vuestro lado sería un imbécil si tal cosa sintiera,—contestó Carlos, mientras acariciaba un hermoso perro que tenía entre sus piernas.

—Gracias, primo, por tu galantería,—exclamó Luz.

—En ese caso, como nosotras tampoco queremos dormir,—siguió Amalia,—hemos de pensar algo para entretenernos.

—Propongo una partida de billar,—dijo Luz.

—No estoy por hacer fuerza,—murmuró el primo.

—Juguemos al tresillo.

—Tampoco.

—Pues ¿á qué, entonces?

—¡Tengo una idea magnífica!—gritó Amalia, poniéndose en pie.—Vamos al jardín y allí jugaremos al escondite.

—Conforme,—dijo Carlos;—pero con una condición: Si yo os encuentro, me dais un beso.

—¿Y si no nos encontras?—argumentó Luz.

—Entonces yo os lo doy á vosotras.

—¡Y de todos modos te ganas el beso!—exclamó Amalia, riendo.

—¡Eso no debe ser!—continuó Luz.

—Pues de otro modo no hay juego y me voy á dormir,—dijo Carlos, fingiendo una incomodidad que no sentía.

—¡Bueno, bueno!—gritaron las hermanas, palmoteando alegremente.—Al jardín á escondernos, y hasta que digamos ¡cu! no nos busques.

—Pero cuenta que no perdono el beso, ¿eh?

Antes que Carlos terminara la frase, ya habían desaparecido Luz y Amalia.

Carlos se quedó solo con el perro, que le miraba fijamente y meneaba la cola, como diciéndole:

—No te apures; de todo me he enterado, y te prometo que, aunque se escondan en el infierno, yo daré con ellas.

El primo también parece que adivinó las intenciones del animal. Así es que, cuando sonó lejana una vocecita diciendo ¡cu!, lo miró, y con ademán imperativo, le gritó:

—¡Tigre, búscalas!



El perro no esperó que le repitieran la orden y partió como un rayo, seguido de Carlos.

—¡Tigre, búscalas!—no cesaba de repetir el joven.

Y aquí apartaba un frondoso jazminero, más allá cruzaba un bosque de acacias, pero nada: ni primas ni Tigre daban señales de vida.

¡Claro! Las chicas habían cogido al perro por su cuenta.

Luz, tendida en el suelo, abrazaba la cabeza del animal, mientras Amalia, sentada sobre los dos, agachaba la cabeza para no ser descubierta.

Tan descuidadas estaban, que Amalia no advirtió que descubría una preciosa pantorrilla, que era una tentación.

Así pasaron algunos minutos, hasta que Carlos, creyendo haber encontrado rastro, llegó junto á la lona que cubría á sus primas.

Carlos levantó con tiento una punta de la cortina que pendía de dos árboles, y se quedó extasiado ante aquel original grupo.

—¡Os cogí!—gritó, saltando en medio de la plazoleta.

Las jóvenes lanzaron un grito y se pusieron en pie.

—¡Ahora el beso, el beso!—decía Carlos, alargando los brazos hacia sus primas.

—¡Luz primero!—gritó Amalia.

—¡No! ¡Tú has de ser!—siguió Carlos, corriendo detrás de la que había hablado.

Y en pocos momentos Amalia y Carlos desaparecieron entre el verde follaje.

Luz y el perro quedaron solos, y, cansada la primera de esperar, se dirigió á la casa, llevando en su alma algo así como desengaño y desconsuelo.

No tardaron en presentarse los fugitivos, y, cosa rara, Amalia también estaba triste.

Carlos se dejó caer en un diván, tan fatigado como si hubiera corrido diez leguas.

Luz le vió, se dirigió á él y le dijo, bajando los ojos:

—Carlos, te debo un beso...

Su primo la miró, hizo un esfuerzo para variar de postura, y, dejando caer los brazos con abandono, exclamó:

—¡El domingo que viene!

JOTA.

Miscelánea

A NUESTROS LECTORES

A la mayor brevedad alternaremos con la novela que publicamos titulada *Una partida de caza*, varias novelas cortas, basadas sobre algunos *procesos sensacionales*, de la índole de nuestro periódico, dando principio por una titulada *La Condesa de Peña-Dal-Vert*.

COCINA CÓMICA

Pastel eléctrico

Fabricas la pasta con el pensamiento, y antes que se pase, vas metiendo dentro rayos y centellas, liebres y conejos, noticias infaustas, trenes de recreo, varias bailarinas, toreros de invierno, traspuntes, miedosos y pies de cartero; lo cueces á tiros y está el pastel hecho.

J. A.

adelantó un día hasta las candilejas y dijo con gran respeto:

—Distinguido público: es preciso que se vayan convenciendo de que más fácil les será á ustedes acostumbrarse á mi cara que á mí adquirir otra mejor.

Desde aquel día se le toleró la fealdad.

REUMA. Se alivia siempre á la 1.^a untura y se cura seguramente con el *Bálsamo antirreumático de Orive*. 2 pesetas frasco; farmacias. Exigirlo de color verdoso.

La incomparable actriz Clairon fué á Ferney para visitar á Voltaire.

Cuando estuvo delante del gran satírico, se arrojó á sus pies arrodillada.

Voltaire imitó á la actriz y se arrodilló también.

—Señorita,—dijo el escritor de pronto,—ahora que estamos en el suelo, ¿qué haremos?

CONVERSACIONES AMENAS hácese insostenibles por mal olor en la boca. El *Licor del Polo* salva esta grave dificultad, perfumándola deliciosamente. 6 reales frasco.

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid*, *El Pats*, *El Nacional*, *La Lidia*, *La Caza Ilustrada*, *Arte y Letras*, y *Heraldo Taurino*.

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

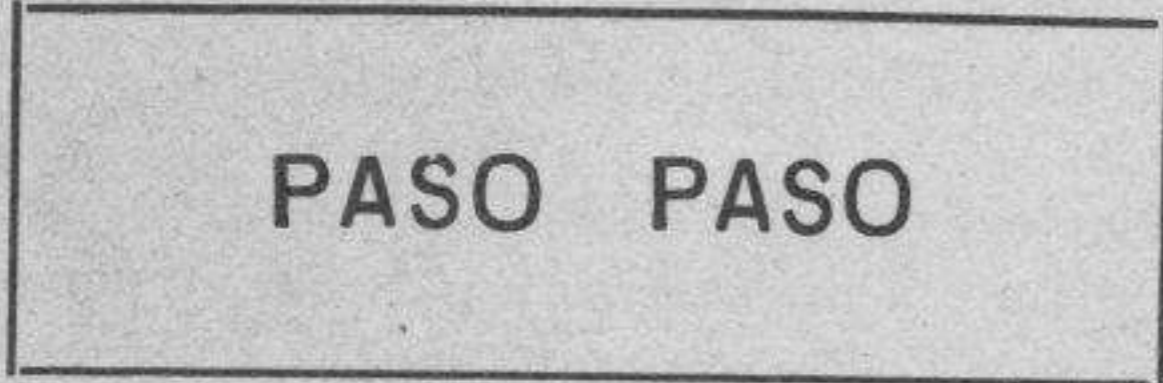
Un actor á quien se silbaba todas las veces que se presentaba en escena, á causa de su extremada fealdad, se

Charada

Caminaba por el coto
 en mi gran *prima segunda*,
 buscando la *prima tres*,
 que es cosa que mucho abunda,
 cuando al volver la *dos prima*
 que formaba un gran recodo,
 vi venir á mis señores
 sentados en rico *todo*.

JOSÉ RUBIO LÓPEZ.

Jeroglífico comprimido



E. BERNABÉU TORREGROSA.

Cruz latina

```

    * *
    * *
  * * * * *
  * * * * *
    * *
    * *
    
```

Substituir estas estrellas por letras, de modo que puedan leerse dos nombres de varón.

PEDRO J. GUILLEM.

Tarjeta numérica

Nombre									Apellido				
1	2	3	4	5	6	7	8	9	1	5	3	6	9
Establecimiento													
4	2	3	8	7	4	5	3	7	2				
Calle						Número							
3	5	2	6					9	8	4	5		
Pueblo													
6	9	3	4	2									

M. CERVERA Y MENGUIJÓN.

Soluciones á lo insertado en el número 541

CHARADA.—Camarada.

TARJETA.—Electra.—Benito Pérez Galdós.

ACRÓSTICO:

S E B A S T I A N
 R I C A R D O
 C L E T O
 F O R T U N O
 A L E J A N D R O

CUADRADO:

P A C O
 A M A R
 C A S A
 O R A R

FUGA DE VOCALES:

A la Virgen le he ofrecido,
 como tu querer no alcance,
 arrancarme el corazón
 para no querer á nadie.

ELENA.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
 al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 .
 Extranjero y Ultramar, un año. 17 .
 Número corriente, 20 céntimos.
 Número atrasado, 30 céntimos.


No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violente, y en las principales Farmacias.

La molinera hizo una mueca al ver aquella nueva familiaridad; pero no quiso comprenderla, y colocó á su lado un jarro de aguardiente de sidra.

—¡Qué hombre tan grotesco!—le dijo al oído Daniel á Gay.

—Ese señor,—le contestó en el mismo tono el guarda,—si se escucha lo que dice, se muere siempre de hambre; pero en vez de comer bebe que se las pela.

En aquel momento, una gran claridad iluminó la estancia, nacida de un gran montón de paja que acababan de encender en el patio, y un hombre, con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos y con las manos ensangrentadas, entró en la habitación, dejando sobre la mesa el acerado cuchillo que tenía en su diestra.

—Tengo un minuto á mi disposición, y mientras se pasa la llama, echaremos un trago,—dijo, y entre tanto se limpiaba su acalorado semblante con el revés de su delantal.

Aun no había terminado dicha operación, cuando ya alargaba el brazo para apoderarse del jarro de aguardiente de sidra; pero tropezó con la caja de tabaco que le ofrecía Mouflet con marcada benevolencia. Aquél retiró vivamente la mano, y pasó varias veces sobre su delantal los dedos pulgar é índice, como quien afila un cuchillo, y en seguida los sumergió en la caja del alguacil.

—¡Oh! ¡Cuánto nos hemos reído!—decían las criadas á las vecinas y á los zagales de los alrededores, mientras colocaban sobre la mesa unos cuantos jarros de sidra y sus correspondientes vasos.

—¿No os da vergüenza de reir y de chillar de esta manera, cuando hay un difunto tan cerca de nosotros?—dijo la molinera en alta voz, cuyas venas principiaban á inyectarse enrojeciendo su frente.

No se habló ya en alta voz, pero continuaron los cuchicheos; y la molinera se puso azufrada de rabia al ver que se adelantaba hacia ella gravemente una joven que acababa de entrar. Era Antonieta, la que Daniel había visto sobre el muro hablando con el molinero; su palidez era igual á la de la molinera; pero con la mirada firme y resuelta.

Apenas entró, los circunstantes, que sabían el odio que existía entre las dos familias, se quedaron inmóviles y atentos. La molinera gruñía sordamente como un dogo amarrado, y principió á temblar de cólera con los puños cerrados.

Antonieta, aproximándose á ella, le dijo en voz baja:

—Señora, mi madre, en su desesperación, ha arrancado los carteles de venta colocados en los muros y en la puerta de nuestra alquería por orden del padre Cretu.

—¡Y por la mía!—gritó la molinera, alzando la cabeza con altivez.

—Si hubiera estado en mi casa, os aseguro que no lo hubiera hecho; pero había ido á ver á una vecina para pedirle dinero. He aquí quinientos francos que me han prestado esas buenas gentes, que es todo lo que tenían.

Y diciendo y haciendo, Antonieta sacó de su bolsillo un saquito de escudos que puso sobre la mesa.

—¡Ps!—exclamó Mouflet.—Lo que necesitamos son ochocientos cincuenta francos con noventa y cinco céntimos.

—No recibiré ni un cuarto menos,—dijo la molinera, descargando tan fuerte puñetazo sobre la mesa, que sonaron los escudos.

—¡Fuera de aquí todo el mundo!—añadió, viendo el círculo de curiosos que se estrechaban cada vez más.

Criados, vecinos y sirvientes, no esperaron á que les reiteraran dicha orden.

Daniel, bastante embarazado, se levantó también para salirse fuera, cuando la molinera le dijo:

—Quedaos, caballero; sois nuestro huésped, y no temo que personas de vuestra clase oigan lo que tengo que decir á esta joven.

Daniel balbuceó una excusa, se salió, y en la puerta del patio encontró á Baby, que, subida sobre un banco de piedra, hablaba con Belamí, el guarda del molino.

(Continuará.)

M. ASSARDON.





20 cénts.

Núm. 543

La condesa de Peña-Dal-Vert

I

Presentación de personajes

Nadie hubiera creído que la hermosa Carolina Flores fuera capaz de haber engañado á su esposo.

Fué preciso que la evidencia se hiciera de un modo tan palpable que no dejara duda alguna para poderlo creer.

Carolina era una mujer preciosa.

El conde, que tenía fama de ser poco contentadizo y de tener un carácter endiablado, se casó con ella sin reparar en que carecía de dote, que no pertenecía á la nobleza y que tenía mucha menos edad que él.

No vió más que su belleza; no escuchó más que los elogios que de su virtud y de su religiosidad se hacían, y le ofreció su mano.

Inútil es decir que Carolina se apresuró á tomarla.

Que el conde tenía rarezas, le dijeron; á lo que contestaba, sonriendo de un modo verdaderamente encantador:

—Y ¿quién está exento de ellas en este mundo? ¿No las tendré yo también? Seamos indulgentes con las de los otros, para que lo sean también con las nuestras.

Y el casamiento se verificó, y la hermosa Carolina se vió de repente en los salones de la más elevada y linajuda aristocracia.

Su aparición en las grandes reuniones fué un acontecimiento.

Excusado es decir que, siendo aquel panal tan incitante, no le faltaron moscas y aun moscones que trataron de formar comandita con el esposo afortunado para ayudarle á disfrutarlo.

Pero ¡que si quieres! ¡Buena era la condesa para permitir ni alimentar ciertas esperanzas!

Pronto se disgustó de aquella asiduidad de elogios y de aquella pertinacia de persecuciones, con mayor motivo cuando don Luis Gosálvez, un caballero en toda la extensión de la palabra, según aparentaba, la hizo presente los peligros que el mundo la ofrecía y las ventajas que podría tener retirándose poco á poco de la sociedad y reduciendo sus reuniones á un escogido número de personas honradas, discretas y morales, sobre todo muy morales.

Luis era á los ojos del mundo un solterón irreprochable.

Austero, buen mozo, rico, frecuentador de iglesias y protector de cofradías, se escandalizaba de los espectáculos que la humana perversión estaba dando á cada paso, y su voz poderosa y elocuente anatematizaba el vicio y fustigaba duramente á los viciosos.

Esto le había dado cierta notoriedad, mucho más cuando, al observarle, como algunos habían hecho, sabían perfectamente cómo y de qué manera pasaba el día.

—¡Qué católico tan ferviente es don Luis!—decían los que le veían en las iglesias, en las congregaciones, en todo aquello que representaba religión ó beneficencia—Todo el día lo emplea en hacer bien.

Pero los que así hablaban no sabían lo que hacía de noche.

Don Luis Gosálvez era una medalla viviente. Tenía anverso y reverso.

El primero era el que conocía el mundo.

El segundo le conocían él solamente y otras personas que no podían decir la verdad á la mayoría, que pensaba de otro modo.

Crapuloso, libertino, perfectamente disfrazado, frecuentaba lugares de los que durante el día decía pestes, y había sido héroe de más de una aventura escandalosa.

Sensual, apasionado, vicioso, avariento siempre de goces, había hecho un estudio especial para saber ocultarlos, y nadie, al escucharle y al verle irreprochablemente vestido de negro, con aquel aspecto severo y grave, hubiera podido sospechar lo que era cuando las tinieblas de la noche le envolvían con su obscuro manto.

Luis conoció á Carolina, y, con aquella perspicacia que le distinguía, comprendió que la joven condesa llevaba en sí el germen del vicio y sintió que el fuego del deseo le abrasaba el corazón.

Es verdad que Carolina estaba aquella noche hermosísima.

Era la reina de la reunión, donde multitud de mujeres hacían aparatosa ostentación de sus encantos.

Desde aquel momento empezó á poner en práctica sus maniobras para que le dieran el resultado apetecido.

(Sigue en la penúltima página.)